

# AGLAE

(A N T O L O G I A)

CORDOBA, 1952

AGLAE

*Editor:*

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

AGLAE  
( A N T O L O G I A )



*Dirección: Escultor Alvarez. - Santa Paula. - Córdoba*

CORDOBA, 1952

# AGLAE

*Editor:*

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

*Dirección: Escultor Alvarez. - Santa Paula. - Córdoba*

## SUMARIO

Miguel Hernández.....	<i>Vecino de la muerte</i>
Alejandro Busuioceanu.....	<i>Profecía</i>
Rafael Laffón.....	<i>Cuando empieza la noche</i>
Jacinto López Gorgé.....	<i>Signo de amor</i>
Eugenio Frutos.....	<i>La voz en la tarde</i>
José García Aparicio.....	<i>La primavera llegó</i>
Carlos Rodríguez Spiteri.....	<i>Perchel</i>
Angel Crespo.....	<i>Oda local</i>
Lucien Poyet.....	<i>Ella abandonaba su cabeza</i>
M. A. O.....	<i>Un día igual a otro</i>

## MIGUEL HERNANDEZ

### VECINO DE LA MUERTE

Patio de vecindad que nadie alquila  
igual que un pueblo de panales secos;  
pintadas con recuerdos y leche las paredes  
a mi ventana emiten silencios y anteojos

Aquí entro: aquí anduvo la muerte mi vecina  
sesteando a la sombra de los sepultureros,  
lamida por la lengua de un perro guarda-lápidas;  
aquí, muy preservados del relente y las penas,  
porfiraron los muertos con los muertos  
rivalizando en huesos como en mármoles

Oigo una voz de rostro desmayado,  
unos cuervos que informan mi corazón de luto  
haciéndome tragar húmedas ranas,  
echándome a la cara los tornasoles trémulos  
que devuelve en su espejo la inquietud.

¿Qué queda en este campo secuestrado,  
en estas minas de carbón y plomo,  
de tantos enterrados por riguroso orden?

No hay nada sino un monte de riqueza explotado.

Los enterrados con bastón y mitra,  
los altos personajes de la muerte,  
las niñas que expiraron de sed por la entrepierna  
donde jamás tuvieron un arado y dos bueyes,  
los duros picadores pródigos de sus músculos

muertos con las heridas rodeadas de cuernos:  
todos los destetados del aire y del amor  
de un polvo huesped ahora se amamantan.

¿Y para quién están los tercos epitafios,  
las alabanzas más sañudas,  
formuladas a fuerza de cincel y mentiras,  
atacando el silencio natural de las piedras,  
todas con menoscabos y agujeros  
de ser ramoneadas con hambre y con constancia  
por una amante oveja de dos labios?  
¿Y este espolón constituido en gallo  
irá a una sombra malgastada en mármol y ladrillo?  
¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?  
¿Oíré cómo murmuran de mis huesos,  
que mirarán con esa mirada de tinaja vacía  
que dá la muerte a todo el que la trata?  
¿Me asaltarán espectros en forma de coronas,  
funerarios nacidos del pecado  
de un cirio y una caja boquiabierta?

Yo no quiero agregar pechuga al polvo:  
me niego a su destino: ser echado a un rincón.  
Prefiero que me coman los lobos y los perros,  
que mis huesos actúen como estacas  
para atar cerdos o picar espartos.

El polvo es paz que llega con su bandera blanca  
sobre los ataúdes y las cosas caídas,  
pero bajo los pliegues un colmillo  
de rabioso marfil contaminado  
nos sigue a todas partes, nos vigila,  
y apenas nos paramos nos inciensa de siglos,  
nos reduce a cornisas y santos arrumbados.

Y es que el polvo no es tierra.  
La tierra es un amor dispuesto ser un hoyo.  
dispuesto a ser un árbol, un volcán y una fuente.  
Mi cuerpo pide el hoyo que promete la tierra,

el hoy desde el cual daré mis privilegios de león y nitrato  
a todas las raíces que me tiendan sus trenzas.

Guárdate de que el polvo coloque dulcemente  
su secular paloma en tu cabeza,  
de que incube sus huevos en tus labios,  
de que anide, cayéndose en tus ojos,  
de que habite tranquilo en tu vestido,  
de aceptar sus herencias de notarias y templos.  
Usate en contra suya,  
defiéndete de su callado ataque,  
asústalo con besos y caricias,  
ahuyéntalo con saltos y canciones,  
mátalo rociándolo con vino, amor y sangre.

En esta gran bodega donde fermenta el polvo,  
donde es inútil injerir sonrisas,  
pido ser cuando quieto lo que no soy movido:  
un vegetal sin ojos ni problemas,  
cuajar, cuajar en algo más que polvo,  
como el sueño en estatua derribada;  
que mis zapatos últimos demuestren ser cortezas,  
que se produzcan cuarzos en mi encantada boca,  
que se apoyen en mí sembrados y viñedos,  
que me dediquen mosto las cepas por su origen.

Aquel barbecho lleno de inagotables besos,  
aquella cuesta de uvas quiero tener encima  
cuando descansen al fin de esta faena  
de dar conversaciones, abrazos y pesares,  
de cultivar cabellos, arrugas y esperanzas  
y de sentir un yunque sobre cada deseo.

No quiero que me entierren donde me han de enterrar'

Haré un hoyo en el campo y esperaré a que venga  
la muerte en dirección a mi garganta  
con un cuerno, un tintero, un monaguillo  
y un collar de cencerros castrados en la lengua,  
para echarme puñados de mi especie.

PROFECIA

Un día este mundo, que nada sostiene en su órbita  
más que un número exacto y la violencia de su velocidad,  
se enredará en su propia perfección,  
en un imprevisto nudo de sus rayos,  
y caerá sin resplandor, sin ruido ni esperanza  
—apenas un puñado de ceniza—  
en la confusión eterna de la nada.

Entonces habrá astros que notarán quizá una súbita inquietud,  
una fugaz fisura en el diamante de sus ejes,  
una ligera nube o un átomo de polvo  
en el camino puro de la perennidad,

habrá algún astrólogo detrás de una luneta,  
que apuntará alegre el misterioso eclipse  
y trazará en parábolas de oro fronteras nuevas  
a lo etéreo absorto en el equilibrio de su inmensidad

y habrá alguna estrella en un balcón del cielo,  
soñándose en vuelo, ella sola, libre,  
como un ser sin forma, sin peso, sin edad,  
mirando con anhelo al perfecto mundo inalcanzable,  
que nada estorbara  
más que aquel extraño puñado de ceniza  
cayendo tristemente, lento oscuro,  
en el vacío azul, inerte y profundo.

CUANDO EMPIEZA LA NOCHE

Cuando empieza la noche, espero  
que suba la marea de los relojes.  
Van remontando su creciente  
sobre mi corazón—dulce marea—,  
por la escollera desvalida,  
las olas calmas de sonoros pechos.

¿Quién sabrá en qué momento  
llega el hervor de la primera espuma?  
Pero ¿no así la muerte  
vemos ya estando asidos?

Relojes, oh relojes, que en el día  
palidecéis como la luna al alba,  
de exactitud y afanes tan crispados,  
devorando mis ojos.

Ahora, buenos amigos míos, relojes,  
me entráis por esas puertas sumergidas,  
con calzas de silencio, paso a paso.  
Y acudís a una cita entre las sombras,  
conspiradores del recuerdo, amigos.

En la casa tranquila,  
mientras fermenta la raíz al tiempo,  
y, afuera, las gargantas de los hombres  
callan igual que oscuras armas que están cargadas,  
llegáis con horas dóciles  
a ceñir la cintura a mi desmayo.

(Del libro en prensa: «Vigilia del jánin»)

## JACINTO LOPEZ GORGE

### SIGNO DE AMOR

Dime, ¿vendrás conmigo a ver el alma?

A. MACHADO.

No sé cómo decirlo, no sé cómo  
decir que eres así, como yo quiero  
que seas... Pero tú no me comprendes.  
Ven conmigo, pequeña, ven conmigo  
por los altos ensueños de las rosas.  
¿Hay algo más hermoso que un amor  
cantado a cada hora y deseado  
también a cada instante?  
Yo te convidó, amor, a un vuelo altísimo.  
Allí donde el prodigio y la pureza  
de los seres desnudos que se aman  
eternos en la aurora,  
siguen limpios, intactos, todavía.  
Amor, amor, amor, ¿no me comprendes?  
¿No comprendes la altura de mi anhelo?  
Tú eres la voz que grita en mi garganta,  
el corazón que tiembla en mis adentros,  
tú eres, amor, la sangre que me ocupa  
y el ángel que soñé cuando era niño.  
Tú eres la brisa que mis hojas mueve,  
la playa donde rompen mis espumas,  
tú eres el árbol donde haré mi nido  
y eres tú la razón de mi existencia.  
¿Emprenderemos juntos ese vuelo  
que siempre he deseado?  
Dime, ¿vendrás conmigo a ver el alma?

## EUGENIO FRUTOS

### LA VOZ DE LA TARDE

Quisieras ir más lejos: pero no hay otra cosa  
que estas aguas fluyendo su masa femenina,  
persistiendo en blandura y en firmeza trabadas,  
y este rígido verde de los viriles pinos  
y este angélico espasmo de eucaliptos al viento,  
que en cabellera y brazos el disparo diluyen  
de sus troncos al cielo, vegetales arcángeles  
plantados en el cruce de los sexos humanos.

Nada más. Estas hojas, esta hierba, que tiran  
de tu cuerpo a la tierra, con su olor verdiamargo  
de lluvia evaporada. Un milagro parece  
estar desarraigado, no ser presencia pura  
de flores ofrecidas al rumor o al silencio.  
Lejos, demasiado lejos, se apelotona  
un cielo indiferente.  
Traspuesto el sol, no hay  
en las nubes sonrisa.  
Vueltas de espalda, grises, se empozan en sus sueños  
celestes, ignorado por el verde viviente  
de la tierra. La sombra  
no toca más que cuerpos.

Surge la voz humana, y la busca la sombra.  
Busca su cuerpo esquivo, su imposible volumen.  
Mas no se le escapa: vibra, resplandece. No es viento,  
no es arcángel ni nube. Sobrenada. No huele  
ni sabe a verde tierno. Suena: no sólo suena,

Impone otro sentido. Vuela: llega a las nubes,  
pero allí no está el cielo.  
Y retorna a los hombres. Vuelve al humo oído,  
al corazón del hombre que, al escuchar, remite  
su marcha o la apresura: a los ojos humanos  
que brillan o se apagan a sus ocultos signos.  
Dentro, y a su contacto, un resplandor, un resplandor levanta  
que las cifras aclara, afirmando el misterio,  
y donde están los hombres como en un santuario.

JOSE GARCIA APARICIO

LA PRIMAVERA LLEGO...

La primavera llegó como el lagarto verde, jugoso y ácido que  
(esperaba  
sin conocer el sol y de pronto de almendro en flor se envenenara;  
llegó mucho antes que la tierra presintiera en su vientre el tacto  
(de una luz extraña  
y que el viento tuviera una blanca sorpresa en la acacia.  
Y un vocerío de césped hollado y una verde noticia de rama  
(deshojada  
venían cuando el crepúsculo era un silencio cálido y violeta  
(que turbaba;  
venían, indescifrables, con el viento del Sur que traía las manos  
(húmedas de lluvia y campanas.

¿Por qué empezaste a sentir que una misteriosa leche de ham-  
(brienta alegría tu pecho dilataba?  
¿Por qué fuiste tan mía que te pude nombrar con mi nombre a  
(lo largo de tu carne de muchacha?  
¡Si no pude nacer antes, y te fuiste tan pronto... y era tan  
(temprano en tu mirada!

La primavera llegó como una luna una noche que no dormías y  
(soñabas  
que mi mano era un pájaro agradable que rozaba tu piel con la  
(tibia electricidad de su ala.  
Y yo sabía que callar era morir un momento, y te besaba,  
te besaba en el secreto que puede guardar una sombra o una  
(esquina olvidada,  
y entonces, solo entonces, la primavera, amaneciendo en tí,  
(poco a poco me llegaba.

CARLOS RODRIGUEZ SPITERI

PERCHEL

I

La noche sobre el hombre,  
con las herramientas en el suelo.  
Con la ventana cerrada,  
contempla por un agujero la tierra,  
desparramada por las calles.  
Lamentos del amante imaginario,  
que siente la punzada,  
con la pasión que sale de los labios,  
alma que se disuelve en la tristeza,  
y adelgaza la cal en las paredes.

II

Como una varilla,  
que sostiene un toldo de hojas.  
Barrio que cierra su luz,  
que ahoga el río en sus arenas,  
en un seto de espinos,  
entre sales negras.  
Para ser turbio,  
como un espejo de esparto,  
para ser liza, raza pálida,  
paja de lino en la sombra  
corraliza, flor, duelas.  
La raíz del vidrio que llora  
en un deslizamiento de seda.

ANGEL CRESPO

ODA LOCAL

Canto a Alcolea de Calatrava  
en donde todavía no hay progreso.  
Toda el agua nos viene de las nubes  
y del sudor del campesino.  
Todo alimento viene de la tierra  
y todo el pan es tierra convertida.  
Todas las vacas son  
tierra puesta de pie mugiendo leche,  
todos los asnos son tierra que anda  
con leña a las espaldas cada día,  
todos los hombres son tierra que Dios  
ha soplado de noche en el misterio  
de los partos, las sábanas y el rito.

Canto a Alcolea de Calatrava  
que huele a establo por las calles,  
que huele a oveja por las noches  
y huele a trigo si amanece.  
Canto a sus breves montes,  
a su arroyo que pocas veces anda  
y a su ermita clavada entre las piedras  
con una cruz encima.

El sol golpea con su luz al campo,  
pone en la piel color de harina que arde,  
hace milagros deslumbrando al hombre  
cuando todo parece estar ya cerca.

A los olivos toco con mis versos,  
voy andando por medio del verano  
y por las calles con la cal tan blanca  
en las paredes de las casas viejas.

Aquí poco sabemos de la vida  
y más sabemos todos de la muerte  
pero un afán de nuevo se levanta  
cuando el sol y así mismo cuando nieva.

Canto a Alcolea de Calatrava,  
que vive todavía sin progreso,  
donde un ternero que huye del establo  
pasea por la calle entre los niños.

## LUCIEN POYET\*

### ELLA ABANDONABA SU CABEZA...

Ella abandonaba su cabeza en mi hombro.  
Buscaba el calor siempre, con los pájaros.  
Y nos quedábamos así, sin decir una palabra,  
Tranquilos como los muertos que están en las tumbas.

Ella tenía miedo. Era débil. Era dulce.  
Le gustaba dejar sus ojos al fondo de mis ojos.  
Y si yo, alguna vez, hacia algún extraño gesto  
Todo su cuerpo, recuerdo, le temblaba.

Era bella, tanto como son las diosas  
Que el mármol nos guarda en su puro contorno.  
Pero sus ojos, que agrandaban las humanas tristezas,  
Más que su perfecto cuerpo, encendían amor.

En la noche, cuando la adormecía entre mis brazos,  
Era su rostro tan dulce, tan suave, y su cuerpo  
Tan plácido en el blancor de las sábanas  
Que parecía abandonada siempre a una extraña delicia.

Y yo miraba su quietud maravillosa, miraba,  
Y el corazón, de golpe, de un presagio se estremecía.  
Y entonces pensaba que ella tendría aquel mismo rostro  
Cuando estuviera muerta y sonriera a Dios.

\* Es uno de los más destacados poetas jóvenes franceses. Dirige en Le Puy, la revista "Les Cahiers du Nouvel Humanisme". Se promulga en un sentido clasista, por un retorno a la poesía humana y sencilla. Ha publicado: "Sous l'orfiamme des ténèbres", "L'Offrede au Soleil" y "Dans la Venise du Berry". — Trad. de M. A. O.

## UN DIA IGUAL A OTRO

—Si al menos supiera uno lo que busca... Vivimos como sombras...

La muchacha lo miraba vagamente, como como si él se hallara muy lejos. Hubiera querido hablar, pero se calló. El comenzaba a entrar en uno de aquellos laberintos que con tanta frecuencia se perdía.

—Te ríes, ¿no?—dijo—. Ya sé: lo que yo hablo nunca tiene sentido.

Se echó hacia atrás, la cabeza apoyada en el borde del largo diván, y dejó perder la mirada en la verdosa iluminación del techo. Aquel rincón del café, en aquellas horas últimas de la tarde, le pareció pertenecer a un mundo aparte, el único mundo posible de dar la serenidad que sentía.

—Hay muchos hombres que creen estar vivos—siguió—. Y sin embargo se equivocan...

Era un día gris. La plaza, con su negra estatua en el centro, estaba desierta, como siempre. El la había contemplado ya muchas tardes así, con ella. Ahora, no sabía por qué, le parecía más grande que nunca, y la estatua mucho más negra.

—Es curioso. El mundo cambia de un día para otro. ¿No crees? Ayer...

Se rió. Alargó la mano y encontró el paquete de cigarrillos. Extrajo uno. Lo encendió sintiendo como algo muy lejano que le cruzaba la boca; algo parecido a aquel amargo tallo que un día mordió cuando volvían del campo.

—Las cosas mueren un poco cada noche, sin saberlo.

La muchacha lo miraba vagamente, como si él se hallara muy lejos. Hubiera querido hablar, pero se calló. Al final ocu-

rriría lo de siempre: saldrían de allí e irían entre la sombra de las calles, sin hablar, pensando que algo muy tenue se estaba quebrando entre los dos.

—El hombre no sabrá nunca qué red de pequeñas cosas le atenaza. Se confía en la forma. Y debajo está lo que asesina.

Ella no comprendía. Se entristeció recordando que muchas veces se había dicho acabar aquello. Nunca acababa. *Aquello* era de tiempo algo congelado, borroso y cruel. Lo sabía. Pero un día y otro se sentía arrastrada a su lado, caída bajo el impulso que le llevaba a su encuentro, haciéndole permanecer silenciosa, anulada, junto a sus indescifrables palabras.

—A veces...

No pudo seguir. Se sintió apagada y triste. Las manos se le doblaron sobre la falda, olvidadas y lascias, y pecho arriba algo muy caliente empezaba a subirle. Por la boca se sintió penetrar una corriente de aire blando y pastoso. No era fácil decir lo que quería. Ella pensaba una y otra vez la frase, la amasaba, la golpeaba en su rubia cabeza hasta darle una forma justa; pero al querer salir se licuaba en sus labios, se deshacía como figuras de barro crudo bajo la lluvia.

Encendió un cigarrillo. Ella no fumaba nunca. Sin embargo el humo, al ascender, arrastraba también aquella sensación de cansancio que le anudaba la garganta.

—Acaso tú creas que no—dijo al fin con voz muy baja—, pero...

—¿Qué?

—Me olvidas.

La palabra pareció llegarle a él desde algún rincón muy oscuro. Era fría y sin embargo sintió que le quemaba, que se le agarraba a la sien y le arañaba suave.

—Hace ya tanto tiempo de todo...

Sonrió a su respuesta. Las cosas eran de otra forma. Su corazón tenía una neblina que le enturbiaba todo cruelmente.

—Quizá yo tampoco sea la misma...

—No es eso. Tú lo sabes.

—Te comprendo.

Aquella bondad sorprendía. Había conocido pocas mujeres en su vida, pero supo calcular qué hondo matiz subrayaba

aquel sonido: «Te comprendo». Era como para encogerse de hombros; más bien, como para dejar arrastrar todo lo que aquel extraño río quisiera.

Se volvió a ella:

—Hubiera sido tan fácil...

—Dos seres pueden equivocarse. Acaso nosotros...

Recordaba el verano: dichosos días, ribera arriba, olvidándose de todo; tardes cara al cielo perdido en la quietud de los montes... Aquello era ya un tiempo muerto, lo sabía, distante y muerto.

Se puso en pie y alcanzó su abrigo. Un pañuelo muy fino, verdoso, se lo lió al cuello. Estaba más pálida que nunca. Pero aún sonreía.

—Entonces...

—Espera.

Se volvió a sentar. Una mano muy fuerte le empujaba en el pecho. Era la misma mano que le llevaba al anochecer por las calles hasta la entrada del puente: allí estaba él.

—Las mujeres siempre os precipitáis. Hacéis imposible el camino.

—Vamos mal, lo sé. Somos mujeres.

—Os gusta golpearos contra todos los vientos: al final caéis derribadas.

Hubiera querido no oír más. Porque no eran lágrimas lo que sentía punzándole los ojos—ella no lloraba nunca—, sino aquellas mismas palabras que trataban de escapar de su cabeza a través de ellos. No obstante, le dejó hablar y hablar de aquel otro mundo que ella jamás conocería.

Al fin se adelantó:

—Bueno, lo mejor será acabar ésto.

El le miró bosquejando esa leve sonrisa que ella tan bien se sabía.

—Como quieras.

Sintió calor en las manos, de pronto, y las apoyó de plano en el mármol de la mesa. No sabía qué hacer. El hilo se había roto, inesperadamente. Se guardó los guantes en el bolsillo y se levantó para marcharse.

—Te acompañaré —dijo él—. Por ser el último día...

En la calle, un airecillo frío les pasó por el rostro, como el mensaje de un tiempo que le gusta anunciarse. El reloj de la plaza daba las nueve. Echeron a andar en silencio, como siempre, bajo aquel cielo negro y profundo que pasaba en su memoria.

—No sé si sabes...

El emitió un vago sonido que hizo de pregunta.

—No, nada...

Tomaron por las calles que bajan al río. Sus pasos resonaban en la noche. Al pasar por un cine, él leyó en voz alta el título que gritaba la enorme cartelera. Hizo una mueca triste. ¡Cuántos seres no vivían en aquel momento al margen de la vida! Miles, millones de seres cuyo destino no era otro que rodar por los rincones más extraños de la tierra.

En la esquina de siempre se pararon. El trató de decir aquellas cosas que ella no lograba desenredar nunca. Era cierto: una parte suya estaba muerta hace ya muchos días; la otra empezaba a sentir las primeras heridas.

—Si al menos uno supiera lo que busca...

Ella se mordía con un sereno gesto los labios. El comprendió.

—Ya sabes: si alguna vez...

—Descuida...

Se dieron la mano. Todo había terminado. El se alejó calle arriba, mientras ella sentía que unos dientes muy duros le mordían el corazón.

Al otro día, sin embargo, los dos llegaban al puente a las seis en punto.

M. A. O.

## LIBROS

*Los horizontes*, de Leopoldo de Luis. Colección «Planos de Poesía». Las Palmas (Canarias).

Ocurre que cuando se pone de moda hablar de una clase de poesía, a cualquier libro que se sale un poco de la fila, ante la desorientación, se le trata de encuadrar en tal clase. Ocurre que nuestras revistas hablan ahora de poesía social. Y ocurre que a este excelente libro de Leopoldo de Luis se le ha querido incluir, por alguna, entre esa «poesía social». Y la verdad es que este libro está muy alejado de lo que «corrientemente» se entiende por poesía social. (Que nos dispense M. F.). Porque si «Los horizontes» es un libro de dolorosa humanidad, cortante y duro, en el cual al poeta se le siente bullir entre un universo sangrante, de seres despojados, que odian y se hieren de tiempo y espacio, cara al cielo o «contra la pared», nada de esto tiene que ver con lo social, sino con algo más interno y trágico: el hombre frente a su problema como ser. No confundamos pues, «Los horizontes» es un libro minoritario, de soledad, no de calle ni de plaza. Leopoldo de Luis así lo ha visto y así lo ha sentido. El canta el dolor cósmico del hombre, la tristeza ascencial que lo conmueve, la muerte y la vida golpeando en su cimiento más hondo. Y de esta visión, centrada con lenguaje y forma poco común, pasada por el puro tamiz de su sensibilidad, Leopoldo de Luis nos ha traído un libro de larga emoción y vivo dramatismo: ese libro definitivo que hace que un poeta reconozca de pronto su voz más firme y la levante contra viento y marea de esta vaga jungla de voces imitadas.

*Siderales y otros poemas*, de Gabriel Moreno Chamorro. Córdoba.

Este volumen se compone de dos libros de muy diferente orientación y estilo. En el primero de ellos, «Siderales», el poeta ha expuesto, en versos de arte menor, una serie de sentimientos comunes a todo hombre de sensibilidad, romencillos, canciones de cuna, poemas fáciles, etc., sin más trascendencia que el servir al poeta de evasión en unas horas difíciles y anárgas. En el segundo, «Con los pies en la tierra», más actual, más vivo, más hiriente, el poeta, en una fórmula espontánea y directa, nos da un mundo desmenuzado, violento, donde los hombres son «muertos que de muertos se sustentan», y donde todo luce confundido, caótico y disperso. En conjunto es un libro aceptable, si bien esa falta de unidad es causa de que a veces los poemas se interfieran, produciendo un efecto contrario al buscado por el poeta.

*Ansia en vida*, de Mario Angel Marrodán. Col. Halcón. Valladolid.

Sorprende que un libro como «Ansia en vida» esté escrito por un poeta de 18 años. Sorprende, porque en el libro hay una firmeza, una gravedad

muy poco frecuente, o, al menos, muy alejada de ese «clima» poético que suele ceñir la adolescencia. En «Ansia en vida» la poesía es un río desbordado de imágenes que se muerden y atropellan en círculo vicioso. Un concepto rompe en otro con riqueza expositiva, cautivando al lector como una cascada de sonoras palabras que golpeará sus sentidos. Si alguna vez el poema vacila, se pierde entre una hojarasca de adjetivos, acháqueselo a ese temperamento impulsivo, a esa corriente viva que surge del poeta sin darle tiempo a frenarla y dirigirla por su justo cauce. Con todo, Mario Angel Marrodán es un poeta que se hará oír, y solo bastará desnudar su poesía de ese bagaje de palabras que la atenaza y la asfixia.

*Garganta y Corazón del Sur*, de Mario López. Córdoba.

Qué descanso cuando de este ya turbulento mar de libros nos llega uno así, tan sencillo. Qué gozo su lectura, sentir que vuelve uno a estar dentro de las cosas impregnadas de la más auténtica poesía. Mario López acaba de editar su primer libro, tan esperado: «Garganta y Corazón del Sur». Un libro por el que hay que alzar la voz más sincera. Porque en «Garganta y Corazón del Sur», hay acumulados esenciales valores, ausentes en la poesía del momento, algo que se había dejado atrás como lastre y que con este libro se viene a demostrar no puede prescindirse: el mundo real y vivo, directo y sencillo. Así, «Garganta y Corazón del Sur», podemos considerarlo como el album de la campaña de Córdoba, esta fértil tierra bellamente cantada por un poeta que sabe descubrir la nevadure trascendente de las cosas; un album, pues, rezumante de ternura, entrañable y melancólico, por el que pasan, en vivísimo entronque, recuerdos de infancia, paisajes campesinos, seres y sombras de seres de otro tiempo, gravitando sobre la vida y las piedras pueblerinas. Y todo dicho en un verso fácil, despoblado y penetrante, fino por la dimensión y el aire. En resumen: «Garganta y Corazón del Sur» no será, precisamente, ese destello rapidísimo a que quedan reducidos la mayoría de los libros que se publican.

### SUSCRIPTORES DE HONOR DE A G L A E

Rafael Balsera del Pino  
Octavio Diaz Pinés  
Martín M.<sup>a</sup> de Arzubíeta  
Gabriel Moreno Chamorro  
Luis Jiménez Martos  
Antonio Palomares  
Juan Bernier  
Alfonso Sola Alcaide  
Juan Rodríguez Doreste  
Fernando Sendra  
Mariano Amo de la Linde

Nicolás Osuna  
Joaquín Pagés  
Carmen Vilella  
Miguel Aguirre  
Antonio Morales Jiménez  
Emilio Más Norte  
Benigno Santiño  
Victoria Gotor  
Pedro Pozo Alejo  
Pedro Pérez-Clotet  
Francisco Poyatos